En viaje

ENERO DE 1946

La picada

Por LUIS DURAND

PEDRO ANDAUR se puso la mano en la frente a manera de visera, para poder mirar a contraluz los puntitos negros de los jotes que volaban sobre una quebrada próxima a su rancho.

—Llega a levantar neblina el joterío — masculló entre dientes —; la tendalá no má debe haber amanecío otra vez.

Luego, con la vista, buscó algo entre los cacharros esparcidos junto a la vivienda, hasta descubrir ensartado en la quincha su cuchillo de ancha hoja, con mango forrado en cuero.

—Hay que hacerle empeño a un parcito de chalas — monologó—, limpiando el acero en su mano áspera, llena de callosidades. Ahora que anda el cuero botao, es hasta maldá irle a dar ochenta cobres al llavero por sus chalas apercancás. Ni por muy voltario que uno sea...

Púsose en seguida los dedos junto a la boca, para oprimirse los labios y emitir un agudo silbido, que roturó como un proyectil el aire transparente de la mañana.

—¡Calluza, Calluza!, — llamó.

Un perro amarillo, de ancho pecho y cortas extremidades, que dormía bajo una pequeña carreta maderera, se paró de un brinco sacudiéndose las orejas con fuerte tableteo, para ir hacia el hombre haciendo cabriolas, en tanto en un bostezo abría su hocico puntiagudo.

—¿Tabay durmiendo, Callucita? — le acarició con la voz.

Miróle el quiltro, con sus ojillos inteligentes, lanzando un aullido de placer, para en seguida desperezarse estirándose, y darse un langüetón, por ambos lados del hocico, tal si lo abanicara.

Eran los principios de febrero. En los lomajes próximos veíanse aún sementeras en pie, rizadas levemente por el viento del amanecer. Por el callejón cruzaban a esa hora los peones con su echona al hombro, llevando en la mano el jarro reluciente de lata y la bolsa de harina tostada para hacer el ulpo con agua de los esteros que se deslizaban cristalinos bajo la sombra de las tupidas quilas. Con pasos ágiles, dirigióse Andaur hacia la quebrada sobre la cual el volar de los jotes había cesado. Seguramente estarían ahora en tierra parados junto a los cadáveres de los animales muertos esa mañana, víctimas de la terrible enfermedad que los diezmaba día a día.

El Calluza trotaba adelante, deteniéndose a ratos, para meter su hociquillo curioso entre las matas o husmear bajo alguna gavilla abandonada en el brusco vaivén de los carros emparvadores. De cuando en cuando, algunos pájaros salían volando rápidamente sacados de su reposo por el hocico impertinente del perro, que se daba una vuelta en el aire para caer las más de las veces despaturrado sobre el suelo, en su vano intento de darles caza. A ratos esperaba al hombre, para hacerle una manifestación de afecto, que éste correspondía con palabras y caricias:

—¡Gilidioso que te han de ver, mirá!

Eran los dos solos. Muerta la madre de Andaur, éste jamás se había procurado de buscar una mujer que hiciera más agradable la vida en el rancho. Por lo demás él no advertía esa falta. Borracho incorregible, todos sus jornales iban a parar al chinchel de Cheno Gutiérrez, quien le daba a cambio vino suficiente para llegar casi a gatas a su vivienda; cuando no quedaba tirado por los caminos abrazado a su perro romanceando la borrachera. Allí dormían ambos, tapados sólo con el telón inmenso del cielo salpicado de estrellas inquietas. Al despertar cuando el lucero moría en el nacer de la alborada, era un solo, un breve tiritón, y cuando más un estornudo, la única seña que dejaba en ellos la noche al raso. Calluza era dormilón. Vivía aún sus primeros años, y su amo casi siempre había de despertarlo con un tirón en las anchas orejas.

—¡Levántate, guachito, con eso vamos a componer el cuerpo!

Alzábase el perro perezosamente sobre sus patas delanteras, y bostezaba dejando escapar un aullido de malhumor. Después, dando un alto ejemplo de abstinencia y buenas costumbres a su amo, íbase a disfrutar de los tallitos tiernos que escogía entre el pasto. A veces Andaur debía apremiarlo a que le siguiera:

—¡Andale, pu ho! ¿Qué no tenís ganas de hacel la mañana?

Calluza adoptaba una tranquila indiferencia, continuando en su búsqueda, y sólo cuando había concluído sus quehaceres matinales tomaba un trote alegre y retozón tras su amo.

Esa mañana, había sido uno de los pocos amaneceres tranquilos, pues habían alojado en el rancho. Cheno se mostraba reacio a seguirle fiando, por más reiteradas peticiones de Andaur en ese sentido.

—Yastay muy hipotecao conmigo vos. Tenís que bajar algo la dita pa poerte valer otra vez.

Y Cheno, cuando se negaba, era inflexible. No había quien lo hiciera poner el tiesto negro en que medía los litros bajo la llave de la barriguda pipa del tinto.

—Hay que dar buenos cumplimientos primero — era su invariable respuesta, mientras se secaba el sudor que inundaba su cuello apoplético, con su gran pañuelo floreado.

Y para Andaur aquello era un suplicio. El no podía pasarse un día en blanco. Su más grande pesar era tener la boca seca, y ni un cobre en el bolsillo. Entonces consultaba a Calluza sobre la manera de conseguir algo para el litro, pero éste no demostraba gran interés por estas ruines preocupaciones de su amo. Cuando más, si estaba de buen humor, movía la cola como incitándole a aprender de él, a quien no apremiaban tales vicios. Con un nidal de huevos frescos, o un polluelo peloteado al pasar junto a una cerca, tenía el día hecho.

Mientras caminaba, una idea asaltó de pronto al hombre, circulando dentro de él, con rebullir alegre. ¿Y si le sacara el cuero a uno de esos animales que morían como moscas todos los

días? Recién muertos, esto se podía hacer, sin que se rompiera con las pústulas malignas que a veces no alcanzaban a reventar bajo la piel.

—¿Y si me da la picá? — razonó temeroso.

Pero el demonio de la tentación le espoleó entonces con mayor ímpetu. Todo estaba en alcanzar a hacerlo sin ser visto. Y cualquiera de esos toros daban como nada cuarenta o más kilos de gruesa piel, que significaban otros tantos dobles de aquel vinillo guardado en las olorosas vasijas de Cheno. Esta última idea le hizo restallar con fruición la lengua contra el paladar, lamiéndose después los labios en ambos sentidos, como lo hacía el Calluza. Imaginó la llave abierta de la pipa del tinto, vertiendo su obscuro caldo que exhalaba un aroma áspero y fuerte. Vióse dándole el primer sorbetón al tinto para bajarlo, y poder echarle un "muño" de harina tostada. ¡Ah, qué chupilca tan rica sería esa!

Y su pensamiento, acuciado por la oportunidad que se ofrecía al paso, hubo de transformarse luego en la realidad del hecho.

Las reses muertas por "la picada" (carbunclo bacteridiano) eran innumerables. El mal, venido en un piño de la feria estaba en todas partes. Por más que se quemaban los muertos y se aislaban los vivos, era inútil. Dos, tres, hasta seis vacunos diarios amanecían con el testuz rendido; el hocico encajado entre sus fuertes remos delanteros, heridos en pleno corazón por la terrible enfermedad que se transmitía también a las gentes en el más leve contacto. Las pobres bestias caían junto al estero, o metidas entre las quilas, buscando su frescor, asediadas por la terrible fiebre.

Y esa mañana Andaur, estupefacto, vió cómo los jotes se habían dejado caer sobre el cuerpo inanimado de Solimán, uno de los más hermosos toros de la hacienda. Había caído bajo un coigüe sombroso, junto a cuyo tronco sus gruesas pezuñas hicieron un hoyo escarbando el suelo en las supremas y angustiosas rebeldías de su próximo fin. Estaba intacto aun. Los jotes, ahitos con las carnes de otros animales, no le habían sacado ni los ojos todavía. Lo contemplaban con repugnante aspecto de borrachos, las alas caídas, el cuello recogido y los ojuelos turbios. Calluza les ahuyentó a tarascones arrancándoles algunas plumas grasosas. Huían con pesado estrépito de aletazos, hasta poder volar sin alejarse mucho de allí, atraídos por el intenso olor de las reses muertas, que acicateaba en ellos su insaciable voracidad.

Y como lo pensó lo hizo. En medio del pecho tenía el Solimán

la terrible hinchazón por donde reventaba el mal. Era como una ampolla gigantesca ya madura y un tanto deshecha después de expeler el pus infecto que estriaba el pelaje de rayas amarillentas. Pero Andaur estaba decidido. Sin ninguna repugnancia trazó con el cuchillo un círculo alrededor de aquella vejiga y en seguida, con una expedición y una facilidad asombrosa, empezó a descuerar el animal.

—Ta intautito tuavía — monologó alegre, pensando en los pesos que obtendría en la venta del cuero—; ni van a rochar que es de la picá que ha muerto.

El olor penetrante y nauseabundo expelido por el animal abierto, atraía de nuevo a los jotes que, con una impavidez asombrosa, dejábanse caer sobre él, graznando deleitosamente, entreabriendo el garfio de sus picos tintos en la sangre de sus recientes hartazgos. Era tal su atrevimiento que el hombre hubo de quebrar un grueso colihue para ahuyentarlos a palos. El Calluza lo secundaba mordiéndo os enfurecido hasta dejar a muchos moribundos.

Muy alto estaba el sol cuando terminó su faena. Preocupado de ella apenas advirtió que, al enderezarse, una rama le cruzó la cara haciéndole un rasguño. Instintivamente se la restregó con rápido manotón... Después, con su fardo bajo el brazo se alejó velozmente de allí, seguido por el Calluza, a quien el olor de la carne hacía alejarse de mala gana del cuerpo del Solimán.

Al atardecer de ese mismo día, se lo vendió a don Polidoro, el viejo comprador de huesos y cueros, a quien encontró en las cercanías del pueblo.

—No vaiga a ser de algún animal muerto de la picá — le dijo el hombre lanzándole una mirada de desconfianza—, mira que vos sos muy picaronazo.

—Como se lie ocurre, on Polito, por la vía, que con usté iba a cometer una aución así. A los amigos no se engaña. Si este es el cuero del toruno colorao que se le fatalizó ayer a mi compaire Lupercio.

Macuco Andaur, a fin de no despertar sospechas, se regodeó con el precio ofrecido por aquél. Después de muchas cuentas y discusiones convinieron en partir la diferencia en que se estrellaban. Pero al recibir los billetes mugrientos, contados varias veces por don Poli, no le fué posible ocultar un estremecimiento de gozo, atenuado por una exclamación entre alegre y rezongona:

—¡Me trabajó, no más, on Polito!

Y nervioso, temiendo que el viejo llegara a descubrir la maula, convidó al perro:

—¿Los vamos, Callucita?

Este, que observaba atentamente la escena, al sentirse nombrado brincó con tales ímpetus de gusto, que fué a dar un hocicazo en plena cara del hombre. Al fin y al cabo eran los dos solos, y la suerte del uno era la del otro; él, por solidaridad con su amo, debía estar contento, aun cuando no fuese mucho lo que disfrutara con el dinero obtenido por aquél.

Siguieron en dirección al pueblo, por el camino, ya envueltos en las sombras de la noche. No era posible con aquella sed, y a tales horas, andar casi cinco leguas para llegar adonde Cheno. Claro que allí estaba mejor que en su casa, pues éste conocía todos sus gustos. Habiendo dinero, lo atendía mejor que a un "hijito de rico", según su propia expresión. Pero donde doña Antuca tampoco se pasaba mal; por una parte mejor, pues vivía con una muchacha que sabía tocar unas tonadas muy alarmantes. Y estaba allí cerquita, a unas cuantas cuadras, en el barrio de las casuchas.

—Esta va a ser con vihuela pues, guachito. ¿Qué tal? ¿Te gusta? — consultó al perro.

—¡Claro! — pareció responder el Calluza, con ladrido tan expresivo y jubiloso como era todo en él.

Iba con trote liviano. La cola enroscada en alto y las orejas recogidas. Fué el primero que se introdujo de rondón en el negocio, con tales bríos que hizo salir disparado a un gato que dormitaba

junto al brasero, cerca del cual tomaba mate doña Antuca.

—Ya llegó este hombre de los diantres con su quiltro molestoso, salí p'allá, entrusidá... Este es más sat'sfecho qu'el amo.

Contenta la mujer con la llegada del hombre, a quien sabía rumboso cuando tenía dinero, le invitó a sentarse pidiéndole noticias de su "mapo", donde tenía muchas amistades y algunos parientes. Mas Andaur, por el momento, no estaba para preguntas.

—Póngame primero un doble, oña Antuquita. Después le daré razones de too lo que se li ofrezca. Al Calluza me le trae una trola de charqui que no esté muy grasosa.

El Calluza aprobó el pedido de Andaur, dándose un langüetón en tanto avizoraba atentamente de dónde sacarían el charqui.

Poniéndole fuerte y duro al trago, y comiendo sabrosos causeos preparados por la Antuca, transcurrió gran parte de la noche. Una moza rolliza, enferma, seguramente de sed crónica, pues secaba los vasos con un entusiasmo sin igual, chicharreó en la guitarra, entonando, con voz chillona y monótona, algunos aires de la tierra, que eran rubricados al final con un:

—Relindo, m'hijita — del hombre, en tanto con el vaso lleno en la mano, la obsequiaba diciéndole:

—¡Pa su casa voy!

—Esperándolo estoy, replicaba ella.

—Ojalá me hiciera el servicio...

Y las copas se vaciaban rápidamente, tal si se dieran vueltas en un chuico.

A ratos se conversó con gran interés de las novedades ocurridas en el campo. La Antuca era la más alborotada en sus comentarios, celebrando con risotodas o exclamaciones consternadas, según fuera el carácter de los sucesos narrados por el campesino. Luego las graciosas aventuras de Pedro Urdemales, divirtieron a las mujeres tanto como causaban admiración y temor las temerarias visitas efectuadas por algún embustero amigo de Andaur a la cueva de Salamanca.

Pero el hombre, por más empeño que ponía, no estaba tan alegre y locuaz como otras veces. Sentía una vaga molestia, y a ratos una comezón en toda la piel, tal si un rosario de espinas circulara por todo su cuerpo. Mientras más bebía con ánimo de alegrarse, notábase más decaído y a ratos se tornaba triste y febril. Después experimentaba la sensación de irse elevando, hasta llegar al techo, de donde se derrumbaba bruscamente para ver todo a su alrededor girando en un círculo vertiginoso. Era como si la habitación se diera vueltas, y las mujeres, incluso el Calluza, fueran muñecos tiranteados por un ser invisible que los hiciera contorsionarse en las más estrafalarias posturas.

Y al recobrarse, un terror recóndito le turbaba. Una voz lejana parecía gritarle una amenaza, que después leía en los ojos de su perro cuando éste, con el pescuezo estirado sobre sus rodillas, le miraba con extraña expresión.

—No sé qué diantres tengo — explicó quejosamente a la mujer, con la voz desmayada. Parece que tuviera toitito el cuerpo ortigao. Me ha caío mal el vino. ¿No tiene un poquito de aguardiente? Pudiera ser que con eso afirmemos la chapa.

Pero el aguardiente le hizo el efecto de haberse tragado un hierro ardiendo que le quemaba dolorosamente las entrañas. Una sensación de vacío le acometió entonces, cual si la pieza fuera un hoyo, y él estuviera en el aire pugnando por no irse al abismo. Semiembriagado, su dolor era obscuro y denso, privándolo de razonar y determinar la causa de aquel repentino mal.

—Quisiera acostarme — rogó desfallecido. Es como "solazo" el que me ha dao.

Las mujeres le arreglaron junto al mostrador unos gangochos, sobre los cuales se tendió quejiqueando. El Calluza vino hasta él a lamerle la cara cariñosamente. Pero el contacto del animal, lejos de calmarlo, le produjo un estremecimiento de pavor. Estaba impregnado del olor a la res descuerada. Del hedor nauseabundo del Solimán muerto de la picada aquella mañana. Un lazo de angustia le estranguló una exclamación:

—¡La picá ha de ser! ¡Tengo la picá!

Se tanteó el cuerpo para cerciorarse si el mal ya había reventado en él. Pero nada aun. Sólo en la cara sentía un ardor insufrible y la piel, como una lámina tersa y tirante.

Ya los pájaros chispeaban de trinos la alborada, cuando logró dormirse con sueño visionario y doloroso. Vióse en el fondo de la quebrada junto a Solimán que tenía ahora proporciones descomunales. Tan inmenso era que su lomo arqueado sobrepasaba las copas de los árboles situados en la cima de un cerro. Dos aguijones curvos, largos y amenazadores, eran sus cuerpos que lo iban a reventar, hundiéndose en sus entrañas. Y él no podía moverse, no podía huir, estaba como enterrado en el suelo, sin poder evitar el estrellón del toro que venía a su encuentro con el belfo rezumante y los ojos inyectados en sangre. Hasta que de súbito la terrible bestia le hirió en el medio del vientre. El rayo vengativo de sus ojos también se clavó en él. Sintió su aliento denso y quemante, su resoplar ahogado con las fauces chorreantes de su propia sangre, saltando a chorros de sus heridas. Despertó aterrado. Una franja de sol le cruzaba la cara. Contra su costumbre, el Calluza, de ordinario tan dormilón, ahora le observaba con inquieta curiosidad. Al verlo despierto, fué hacia él con aire medroso. Hubo un desgarramiento en la voz del hombre al expresarle una caricia:

—Tamos en la mala, guachito. Parece que los vamos di abuco.

Inútil fué cuanto hizo la Antuca para convencerle se curara en su casa, donde no faltaría voluntad para atenderlo, y los remedios estaban más a mano. Pero el hombre se obstinó en irse.

—Si me muero, me muero en mi casa—dijo.— Mi compaire Lupercio es muy comprendío en estas dolencias. Toy seguro qu'el me va a mejorar. Con la fresqueita me las emplumo. ¿No es cierto, Callucita? Si los morimos, los morimos los dos; vos no desamparái a tu amo...

Tal como lo pensó lo hizo. Aun cuando había pasado un día horrible, a pesar de los remedios que le hizo la Antuca, al atardecer de ese mismo día emprendió el regreso a su rancho. Sentíase más refrescado; el dolor había declinado un tanto, como si el mal se hubiese adormecido en él. Su naturaleza robusta lo resistía bien y su voluntad le daba brios para marchar. Afortunadamente un campesino que iba hacia la montaña lo llevó en su carreta hasta el cruce del camino que debía seguir.

Había ya anochecido cuado siguieron a pie. El Calluza marchaba mohino con la cola entre las piernas y las orejas colgantes. Nada quedaba en él de su airoso aspecto del día anterior. Al principio el hombre marchó bien, reanimado por el fresco de la noche, mas a poco de una legua sintió que sus fuerzas se debilitaban. Pareciale tener el estómago retorcido en un nudo que pugnaba

por escaparse de su boca amarga y reseca. Tiritaba sintiéndose transido de frío, hasta los huesos, luego un sudor pegajoso le inundaba todo el cuerpo. Después el hormigueo doloroso le recorría entero, tal si millones de insectos caminaran dentro de él, enterrándole una espina en cada movimiento.

A ratos sentíase estrangulado, como si el cuello se le fuera oprimiendo hasta no dejarlo respirar, mientras la cara se inflaba adquiriendo proporciones descomunales. Al levantar los brazos para tratar de tocársela, fué como si el filo de un cuchillo se le introdujera en las articulaciones con un dolor cruelmente agudo.

—¡Hay, Callucita! — gimió rendido; ahora sí que estamos pa nunca.

El perro dió un aullido lúgubre, que pareció encaramarse en la noche como una huiña herida al saltar sobre un árbol. Luego, acezando con afligida inquietud, comenzó a arañar el suelo, tal si quisiera mostrar su impotencia para calmar el dolor de su amo.

Pedro Andaur, sentado al borde del camino, rindió de pronto su busto hasta el suelo, buscando la frescura del pasto, cual si quisiera beber en un torrente imaginario. Así permaneció largos instantes anhelando roncamente, retorciéndose como un culebrón herido, mientras el perro lanzaba agudos aullidos, yendo y viniendo, buscando a alguien que amparara a su amo.

Pero no había nadie. Sólo estaba con ellos la noche silenciosa y huraña. Apenas alentaba entre los cardales un viento tibio que restregaba sus ásperas hojas. Lejos, como si fuera el alma errante de la obscuridad, sentíase deshecho en la distancia el eco de un grito, a veces semejante a un lamento humano, otras como el alarido de un animal.

Como pudo levantóse con actitud de ebrio, estirando la mano al perro como si fuera un hombre que pudiera ir de su brazo. Marchó tambaleante, temeroso de estrellarse en un obstáculo desconocido, o hundirse en un abismo. Ligero despejo veníale a ratos, para tornarse casi inmediatamente en fuertes tiritones alucinados.

Entonces veía que el cerco era una serpiente monstruosa que venía hacia él retorciéndose en el camino, con la cola crispada sobre su lomo en innumerables flecos, abierta la bocaza que se lo iba a tragar. Después los árboles eran extraños e inmensos animales y marchaban a su encuentro con cien brazos extendidos para aprisionarlo, en tanto levantaban nubes de pedruscos y de tierra que le azotaban la cara, cegándolo. Y tras ellos galopaba el Solimán con la cola extendida y los ojos fosforescentes de furor.

Se detenía, entonces, con el cerebro espeso, donde su voluntad y su razón se hundían en un vano esfuerzo, para aferrarse al perro con las manos contraídas y dolorosas que le clavaban la carne a la menor presión.

—¡Calluza, Callucita!,—imploraba. — Los llegó la mala, guachito.

Desorientado se internó en un potrero de rastrojo, cortando a poco por una quebrada cubierta de follaje, donde el viento susurraba melancólicamente. Intentó descender hacia el estero; pero no pudo caminar cuesta abajo. Dobláronsele las piernas hasta derrumbarse entre las quilas. El perro, afligido, le tiraba de las ropas y le lamía la cara. Con ladridos nerviosos, trataba de infundirle ánimo hasta hacerlo arrastrarse junto al torrente, donde hundió la cara bebiendo ansiosamente.

Imaginó que el agua le daba de súbito una alegría nueva, que recobraba toda su salud, que la mejoría tan ansiada venía por fin a su cuerpo dolorido. Le encontró un sabor delicioso y hubo un rato que temió secar el torrente, tales eran sus ansias de beber. En un instante de claridad mental se asombró de haber sido tan enemigo de ella durante toda su vida, tan refractario a su sabor, incomparablemente mejor que el del vino, que recordó con repugnancia.

—Toma agua, Calluza, murmuró bajito; toma agüita, esto los va a mejorar.

Mas de pronto, entre temblores de vértigo, sintió que el líquido era rechazado por el estómago, expeliéndolo violentamente en convulsiones de muerte, que le acometían una tras otra en sucesión agotadora. Hasta que al fin, rendido sobre la arena, empezó a sentir una dulce laxitud, un delicioso bienestar, un suave deseo de descansar y de dormir. Vió cómo el estero se atajaba a un árbol y se lanzaba por encima del follaje en un arco cristalino, chispeante de goteritas de sabor delicioso y fresco.

—¡Ay! — suspiró—, ahora sí que ya estoy mejor.

Sólo la cara le ardía. Le ardía horriblemente. Quiso hablar a su perro y un desfallecimiento infinito se lo impidió. Apenas pudo balbucear, en un estertor ronco y estropajoso:

—Lámbeme, Callucita, lámbeme Ca...

Y su voz se extinguió para siempre.

L. D.